

LOS NOVENTA

BDF

EL MUNDO
DE LOS BIENES

Hacia una antropología
del consumo

- PREFACIO
- CAP III "LOS USOS DE LOS BIENES"

M. Douglas / B. y Sherwood

PREFACIO

La calumnia persigue al comercio y la culpa a la propiedad. La creciente ola de protesta contra la sociedad de consumo constituye el antecedente de este libro. El consumismo es condenado como una forma de voracidad, estupidez y falta de sensibilidad en los deseos. Cada mes un nuevo libro alza la voz contra los excesos del consumo y su despliegue vulgar. ¿Qué se puede hacer al respecto? Si nos impusiéramos la responsabilidad moral de vivir más austeramente, nos resistiríamos sin duda a actuar de aquella manera. Incluso si decidiéramos despojarnos de nuestros excedentes físicos, nuestra apariencia frente al espejo del baño podría llegar a agradarnos más, pero nuestro adelgazamiento difícilmente corregiría los males de la sociedad. Sería interesante saber cómo viven esos moralistas, cuál es su estilo de vida. Tal vez otorguen sus regalías a los pobres. Tal vez gasten sensatamente su dinero como *connoisseurs*, como coleccionistas de pinturas y manuscritos raros o bajo otras formas de consumo prestigioso que garantizan buenos rendimientos de inversión. Pero si todo el mundo invirtiera en antigüedades, el desempleo alcanzaría índices todavía más elevados que los actuales. El consumismo es un asunto más complicado que la gordura individual, y la indignación moral no basta para comprenderlo.

En la bibliografía profesional contemporánea acerca del consumo hay una marcada tendencia a suponer que la gente compra bienes por dos o tres particulares motivos: bienestar material, bienestar psí-

quico y exhibicionismo. Los dos primeros responden a necesidades personales: alimentación, vestido y protección, así como descanso mental y recreación. El tercero es un término muy amplio que pretende contener todas las demandas sociales, burdamente sintetizadas en una simple ostentación competitiva. Thorstein Veblen* tendría mucho que decir frente a nuestra percepción de que su análisis de las clases ociosas ha gozado de una excesiva receptividad y de que su absoluto menosprecio del consumo generalizado ha ejercido una enorme influencia. Es preciso efectuar muchos cambios para encauzar el análisis hacia terrenos más realistas.

En primer lugar, la idea misma de consumo debe ser colocada en la base del proceso social, y no considerarla simplemente un resultado o un objetivo del trabajo. El consumo tiene que ser reconocido como parte integral del mismo sistema social que explica el impulso para trabajar, el cual forma parte de la necesidad social de relacionarse con otras personas y de disponer de objetos de mediación para conseguirlo. Los alimentos, las bebidas, la hospitalidad hogareña, las flores y las ropas para manifestar una alegría en común o el atuendo luctuoso para compartir un pesar, todo ello forma parte del repertorio de objetos de mediación. Las mercancías, el trabajo y el consumo han sido artificialmente abstraídos del conjunto del esquema social. Esta extirpación no ha hecho más que obstruir la posibilidad de que entendamos tales aspectos de nuestra vida.

A primera vista, parecería que la restauración de semejante unidad bastaría como punto de partida. Sin embargo, el problema es tan profundo que lo que se necesita es nada menos que una versión corregida de la racionalidad económica. Durante mucho tiempo ha prevalecido una idea muy estrecha acerca del raciocinio humano, según la cual sólo las operaciones de inducción y deducción son dignas de llevar el nombre de pensamiento. Pero existe una clase previa y penetrante de razonamiento que permite explorar un asunto y evaluarlo, de manera que en un solo vistazo se pone en marcha un proceso de confrontación, clasificación y comparación. No viene al caso invocar aquí una misteriosa facultad de la intuición o de la asociación mental. La apreciación metafórica, tal como lo insinúan las palabras que hemos utilizado hasta ahora, es una labor de mediación aproximativa, de clasificación y de comparación entre elementos iguales y diferentes en un modelo dado. La primera parte de este libro establece por qué y cómo la idea de racionalidad en

*En español, puede consultarse T. Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, Fondo de Cultura Económica, México, traducción de Vicente Herrero, 1974. (N. del T.)

economía está obligada a incorporar este nuevo código que supone una ruptura con las convenciones anteriores, esta actividad de la inteligencia humana que se expresa en la habilidad para solucionar acertijos. Si le damos a la comprensión metafórica el crédito que le es debido, podremos acceder a una idea más precisa sobre los motivos por los cuales los consumidores compran mercancías.

O para describir con términos de la teoría económica una más común desgracia: es imposible abstraer la idea del individuo racional por encima de la vida social. Es totalmente absurdo llegar a sumar millones de individuos que compran y utilizan mercancías sin tener en cuenta las transformaciones de que son objeto por el hecho de compartir el acto del consumo.

Una vez que hemos colocado al individuo en el seno de sus obligaciones sociales y al consumo en el marco del proceso social, las mercancías se nos presentan como una contribución sumamente positiva a la vida racional, sobre todo desde la perspectiva del razonamiento metafórico. Este libro da por supuesto que el ente racional fracasará en su intento de comportarse racionalmente, a menos que en el mundo que lo rodea exista una dosis mínima de coherencia y formalidad. Para proseguir en el camino del pensamiento racional, el individuo necesita un universo inteligible y tal inteligibilidad precisará de algunas señales claramente visibles. Sólo si adoptan cierta apariencia física, será dable fijar y recordar los conceptos abstractos. En este libro, a las mercancías se les trata como señales —más o menos valiosas, más o menos transitorias— de las categorías racionales. En este sentido, asumir la conducta de agente económico quiere decir que se está en condiciones de elegir de manera racional. Un conjunto de mercancías en propiedad de alguien constituye un informe físico y visible de la jerarquía de valores que suscribe quien lo ha elegido. Las mercancías podrán ser estimadas o tenidas por inadecuadas, desechables o reemplazables, pero sólo si apreciamos el modo en que son utilizadas para conformar un universo inteligible, podremos saber cómo solucionar las contradicciones de nuestra vida económica.

En el interminable diálogo sobre el valor que está implícito en el acto del consumo, las mercancías en su conjunto representan una serie más o menos coherente y deliberada de significados, que podrán ser percibidos sólo por quienes conozcan el código y los es-cudriñen en busca de información. A los grandes novelistas no les ha cabido nunca la menor duda de la distancia que separa a esta función de creación de significados respecto de la utilización de las mercancías como instrumentos de bienestar y ostentación. La gran

sensibilidad de Henry James en este campo nos resulta aquí particularmente benéfica. Nos encontramos ante tres habitaciones, cada una de las cuales ha sido amueblada por una rica mujer. Un visitante las ve por vez primera y de un vistazo registra algunas de las características generales más pertinentes de estas habitaciones, así como la vida, la personalidad y el rango social de quienes las ocupan. Es preciso subrayar la velocidad del registro, a través del cual salen a la luz tanto los significados íntimos como los intencionales. La primera habitación muestra un "supremo ajuste general a la oportunidad y las condiciones dadas". La dama que lo ha compuesto irá desvaneciéndose a medida que avanza la narración, puesto que, de acuerdo con el exquisito y delicado talante de los ingobernables enredos de la historia, es evidente que ella espera poco de su visitante; sin embargo, salta a la vista que ha convertido su departamento en un "nido definitivo". Strether, el protagonista estadounidense de *Los embajadores*, visita la casa de la señorita Gostrey en París:

... Esta idea, sin embargo, estuvo por fortuna presente en él desde el momento en que cruzó el umbral del pequeño entresuelo del Quartier Marboeuf en que la mujer había reunido, según ella misma aseguró, recogidos en un millar de velos y alegres caídas en picado, los adimniculos del nido definitivo... Los sólidos, atestados y pequeños aposentos de la mujer, casi en penumbras, según hubo de parecerle al principio, representaban con sus acumulaciones un supremo ajuste general a la oportunidad y las condiciones dadas. Doquiera que mirase veía un marfil antiguo, un antiguo brocado, y apenas sabía dónde situarse por miedo de cometer un error espacial... minuciosas como se habían vuelto sus ojeadas al imperio de los "objetos", el que tenía delante le obligaba a dilatarlas: la voluptuosidad de la mirada y el orgullo de la vida tenían allí su templo, ciertamente. Era la profundidad más recóndita del santuario: tan oscura como la cueva de un pirata. En la oscuridad había reflejos de oro; sombras moradas en el núcleo del resplandor; objetos, todos ellos, que recibían a través de la muselina, con su enorme rareza, la luz de las bajas ventanas. No había claridad en su entorno salvo la de tratarse de objetos valiosos, y borraban la ignorancia masculina con su desprecio como una flor, en un gesto de libertad para con él, que le hubieran agitado bajo la nariz...⁹

Los objetos con su desprecio se abrían paso a través de la ignorancia del visitante. Es decir, el visitante reprobó el examen completo

⁹Henry James. *Los embajadores*, Montesinos Editor. Barcelona. traducción de Antonio-Prometeo Moya, 1981, p. 88. (N. del T.)

de su lectura. Si hubiera dispuesto de mejor información, los objetos le habrían dicho más cosas, pero lo cierto es que la mayoría de los significados se le escapa. Es obvio que ella era una *connoisseuse* y que estaba más informada que él sobre la historia y el arte. Pero otros mensajes aparecen con mayor precisión cuando el mismo visitante se presenta ante madame de Vionnet:

... Ocupaba ella, la anfitriona, en la Rue de Bellechasse, el primer piso de una casa antigua a la que nuestros visitantes habían tenido acceso por un patio viejo y limpio. El patio era amplio y despejado, lleno de revelaciones, para nuestro amigo, de la costumbre de la intimidad, la paz de los intervalos, la dignidad de las distancias y las entradas; la casa, para sus inquietos sentidos, pertenecía al muy doméstico estilo de los antiguos días y el viejo París que siempre buscaba —unas veces intencionalmente sentido, otras más profundamente añorado— estaba en el barniz inmemorial de la ancha escalera encerada y en las elegantes *boiseries*, los medallones, las molduras, los espejos, los grandes espacios despejados del salón blanco y grisáceo en que había sido presentado. Le pareció verla al principio en medio de propiedades no ordinariamente numerosas, sino con el matiz de lo heredado, tratadas con esmero, encantadoras... se sorprendió descubriendo, a modo de paisaje de la mujer, cierta gloria, cierta prosperidad propia del primer imperio, cierto hechizo napoleónico, cierto esplendor ya amortiguado de la gran leyenda; elementos identificables todavía en las sillas consulares, en los engastes mitológicos, las cabezas de esfinge y las gastadas superficies del raso que alternaba con la seda.

El lugar en sí mismo iba más allá, según conjeturó, y de qué manera continuaba allí el viejo París, hasta el punto de reproducirse; pero el período postrevolucionario, el mundo que vagamente consideraba mundo de Chateaubriand, de Mme. de Staël, del joven Lamartine, había dejado su huella de arpas, urnas y lámparas, una huella impresa en los diversos objetos, ornamentos y reliquias pequeñas. Por lo que sabía, nunca había estado en presencia de reliquias, de ninguna dignidad especial, de un orden privado: miniaturas, medallones, pinturas, libros viejos; libros encuadrados en piel, rosados y verdosos, con guirnalda doradas en el lomo, alineados, junto con otras ambiguas pertenencias, tras el cristal de los plúteos ribeteados de latón. Su atención se posó en ellos con toda ternura. Estaban entre los artículos que diferenciaban con gran notoriedad el piso de Mme. de Vionnet del pequeño museo de gangas de la señorita Bostrey y de la encantadora casa de Chad; le pareció que se basaba más en antiguas acumulaciones reducidas, posiblemente, de vez en vez, que en cualquier método de adquisición o forma de curiosidad contemporáneos. Chad y la señorita Gostrey habían revuelto, comprado, cogido y cambiado, examinado, seleccionado, comparado; mientras que la dama del escenario que se abría ante él, venustamente pasiva bajo el sortilegio de la transmisión —transmisión por lado paterno, añadió con

la más absoluta de las invenciones—, se había limitado a recibir, a aceptar y a mantenerse impávida. Y cuando no se había mantenido impávida era, en el mejor de los casos, porque se había sentido movida a alguna oscura caridad por una fortuna en quiebra. Habría habido objetos que ella o sus antepasados tal vez, presumiblemente, en alguna ocasión, habrían cedido por necesidad; pues Strether no podía ni sospechar que hubieran vendido las piezas antiguas para comprar otras “mejores”. No habrían experimentado ninguna diferencia en cuanto a lo mejor o lo peor. El hombre sólo alcanzaba a imaginar que habían estado sometidos —tal vez en la emigración o en el exilio, pues el bosquejo masculino era esquemático y confuso— al apremio de la necesidad o la obligación del sacrificio.

El apremio de la necesidad —fuera cual fuese el papel del otro imperativo— no estaba, sin embargo, actualmente en activo, por lo que podía deducirse, ya que los indicios de una holgura escarmentada, a fin de cuentas, abundaban todavía, señales múltiples de un gusto cuyo criterio tal vez habría podido llamarse excéntrico. Adivinaba preferencias escuetas e intensas y escasas exclusiones tajantes, una profunda suspicacia respecto de lo vulgar y un punto de vista muy personal respecto de lo apropiado.*

He aquí a una dama rodeada por profusas comprobaciones de una buena educación. El protagonista ha ido a visitarla para descubrir la naturaleza del dominio que ella ejerce sobre el sobrino de su amiga y para informarle de si se trata de una buena mujer y cuál es exactamente su posición social. A pesar de las evidentes muestras de linaje y experimentado criterio, él recibe una impresión ambigua: ahí hay algo un tanto singular.

...El resultado global de aquel proceso era algo para lo que no tenía un nombre, en aquel momento, que encajase bien, pero se habría acercado mucho a la denominación si hubiera aludido a ello alegando se trataba del aire de la respetabilidad suprema, la conciencia, parca, tranquila, reservada, y sin embargo distinta y difusa, del honor privado. El aire de la respetabilidad suprema: extraña pared en blanco contra la que su aventura le había llevado a romperse las narices. A decir verdad, según lo iba pensando en aquel momento, había estado en todas las entradas, cerriéndose sobre el patio mientras él lo cruzaba, campado por las escaleras mientras subía, sonado en el austero vibrar de la vieja campanilla de cuya antigua pero impecable borla había tirado Chad en la puerta; conformaba, en pocas palabras, el más clárido medio de su particular naturaleza que había aspirado nunca. Habría respondido al respecto al cabo de un cuarto de hora que algunas de las vitrinas contenían espadas y charrtereras de coroneles y generales de antaño; medallas e insignias pren-

**Ibid.*, pp. 176-179. (N. del T.)

didias otrora de corazones que hacía mucho que habían dejado de latir; tabaquerías donadas a ministros y enviados; ejemplares de obras, con dedicatoria, regaladas por autores ya clásicos... El fuego del hogar, bajo el mármol blanco, desnudo y académico, había reducido la leña a cenizas plateadas; una de las ventanas, a cierta distancia, estaba abierta a la dulzura y tranquilidad de las que, en las breves pausas, llegaba el ruido débil, agradable y doméstico, casi rústico, del chapoteo y la trápala de *sabots* de alguna cochera situada al otro lado del patio.

Conforme avanza la novela, resulta claro que la señora vive muy presionada por evitar el menor rasgo de vulgaridad o de vida disipada. Con sólo haber pisado el patio, la corte de objetos le habla al protagonista de esta dominante prevención y de esta desesperada necesidad de respetabilidad. El clímax de la novela ocurre en el momento en que él se tropieza con el amor ilícito que ella pretendía ocultar tras ese aparatoso cuidado por parecer respetable.

El tercer ejemplo procede de *Las bostonianas*. El ciudadano del sur visita a su prima en Boston.

El joven, una vez solo, miró en torno suyo: los dos salones pequeños que, por estar comunicados, formaban evidentemente un solo ambiente... Le parecía que nunca había visto una habitación tan íntima como ese extraño salón en forma de corredor, cuya propiedad era su nuevo descubrimiento; nunca se había visto en la presencia de una intimidad tan bien organizada y de tantos objetos que hablaban de hábitos y gustos... Había oído decir siempre que Boston estaba habitada por gente culta, y ahora veía tal cultura en la mesas y sofás de la señorita Chancellor, en los libros colocados en todas partes, en pequeños estantes (como si los libros fueran pequeñas estatuas), en las fotografías y en las acuarelas que tapizaban las paredes...*

Otra de sus conclusiones fue que nunca se sentiría tentado a hacer el amor con la propietaria de aquel salón, simplemente porque no dejaba de advertir que sus gustos eran completamente diferentes. Su concepción del bienestar material no era “muy precisa; consistía sobre todo en la vista de abundantes cigarros y brandy y agua y periódicos y una mecedora de mimbre con la inclinación correcta para poder extender las piernas”.**

Intentar desentrañar el significado de cada uno de los objetos de cualquiera de esas tres habitaciones sería una empresa inútil. El sig-

*Henry James, *Las bostonianas*, Seix Barral, Barcelona, traducción de Sergio Pitó, 1971, pp. 20-21.

***Idem.* (N. del T.)

nificado de cada uno de ellos se encuentra en su relación con el conjunto. Ni una sola de estas tres habitaciones está destinada a un despliegue competitivo. Determinación, respetabilidad y privacidad es el compendio de las tres lecturas.

El propio Henry James escribió acerca de esta modalidad del raciocinio, presente en cada caricia, en cada contacto, y que es imposible identificar fuera de contexto; su comprensión, por el contrario, está en función de la totalidad de la obra completa. *La figura en la alfombra* (1896) es prácticamente un ensayo de psicología *gestalt*. El joven crítico literario está ansioso por descubrir el secreto de un escritor, Vereker, a quien admira profundamente. Toda su vida ha pugnado por descubrir si, antes de su muerte, Vereker reveló su secreto, como él lo llama, "el secreto de Vereker, mi querido amigo, la intención general de sus libros; el hilo en que engarzó sus perlas, el tesoro escondido, la figura en la alfombra". Pero sus interlocutores le responden francamente sorprendidos; no saben nada al respecto. Hacia el final del relato, nos percatamos de que la única respuesta posible es lo que el propio Vereker había confesado originalmente al joven, quien en alguna ocasión le preguntó al gran hombre: "...Por lo pronto, sólo para apremiar este parto difícil, ¿no podría usted darle una pista a un amigo?" Esta fue la respuesta: "Todo el esfuerzo de mi lucidez le ofrece una pista: cada página, cada línea, cada letra. Ahí las cosas son tan reales como el ave en la jaula, la carnada en el anzuelo, el queso en la ratonera. Está enclavada en cada volumen de la misma manera en que tu pie está enclavado en tu zapato. Gobierna cada línea, elige cada palabra, puntea cada i, coloca toda coma." El secreto es el modelo en su totalidad; aparte de este esfuerzo creativo totalizador, ninguna pista, ninguna cuña particular pueden contener el significado sin convertirlo en parodia. Esta es la forma en la que James escribió sobre la escritura y leyó los significados de las pertenencias.

Si esta respuesta la agregamos a los métodos críticos al uso, podremos obtener los beneficios del registro veloz a través del análisis estructural. A veces colocamos tal o cual elemento por encima de un segundo; otras, debajo de aquél; de esta forma, las mercancías que nos corresponda utilizar son elevadas a un rango tal que pueden servirnos como una imagen física adecuada para las grabaciones de valor. Sólo en estos términos podremos iniciar una aproximación al consumo en función de la comunicación.

Los seis primeros capítulos de este libro desarrollan el argumento de que las mercancías forman parte de un sistema vivo de información. La segunda parte del libro pretende servirse de esta nueva pers-

pectiva para sugerir un acercamiento diferente a la política social. A falta de una mejor idea respecto de las mercancías, se considera de manera convencional a la pobreza tanto una necesidad objetiva de pertenencias como una sensación subjetiva de envidia y privación. Sin embargo, hay quienes son evidentemente pobres pero no son ostensiblemente conscientes de carecer de algo. El indígena que tiene todas las ovejas y vacas que desea, indudablemente no se siente pobre. Podrá carecer de electricidad y de transporte aéreo, pero ¿qué le importa eso? No es pobre en absoluto en el ámbito del universo que conoce, si tiene acceso a toda la información que necesita y si puede también compartir con otros sus propios puntos de vista. La medida correcta de la pobreza, de acuerdo con este razonamiento, no se basa en las pertenencias materiales sino en la inserción social. Antes que concentrarnos en la duda sobre si los pobres disponen de lo suficiente para comer, deberíamos preocuparnos, siguiendo la misma línea de argumentación, por sus vínculos con la sociedad moderna. Si el acceso de los pobres a la información es deficiente, tarde o temprano se debilitará a un grado tal que terminará por obstruir también su acceso a la alimentación y el abrigo.

Es por ello que deberíamos sentirnos interesados en este problema mucho antes de vernos alcanzados por tal estado de cosas. El primer motivo de inquietud serían las vías reales de comunicación. Los egresos familiares nos ofrecen una idea sobre si determinadas personas están aisladas o si, en cambio, se hallan correctamente inmersas en el marco social. En este libro se propone la distinción entre modelos de consumo a pequeña escala, en los que los vínculos con la sociedad global son frágiles, de corto alcance y discontinuos, y modelos de consumo a gran escala, lo cual quiere decir que el presupuesto familiar está dirigido hacia la obtención de información de una u otra especie. Hemos ideado un mecanismo para medir la inserción social mediante el análisis comparativo de modelos de consumo. Confiamos en que este procedimiento será más revelador en el estudio de las desigualdades sociales que los índices de distribución del ingreso utilizados hasta ahora.

En el curso de la polémica hemos comparado los casos de familias que habitan en lugares distantes y exóticos, donde privan la escasez de mercados y el pequeño comercio, con los de nuestros propios hogares. Los hallazgos de la antropología colocan en nuestras manos un potente telescopio. El mejor resultado que podemos esperar de este ejercicio será el de distinguir los elementos que integran las relaciones sociales y descubrir la esencia de los modelos de tales relaciones que aquellos elementos ocultan. Nos encontrare-

mos en fin con que, habiendo comprendido mejor los resortes de la elección racional y reconocido el importante lugar que las mercancías ocupan en el comportamiento racional, la sociedad de consumo no está libre de culpa. Cada individuo libre es responsable de la exclusividad de su propio hogar, de la distribución de su tiempo libre y de su hospitalidad. Los moralistas que con encendida indignación condenan el consumismo algún día tendrán que responder frente a todos aquellos a quienes no invitaron a compartir su mesa, cómo habrían querido que se casaran sus hijas, dónde están ahora aquellos viejos amigos con quienes compartieron las experiencias juveniles. Las mercancías son neutrales pero su uso es social; pueden ser utilizadas como murallas o como puentes.

PRIMERA PARTE
LAS MERCANCÍAS
COMO SISTEMA DE INFORMACIÓN

temporal más prolongado. Estos investigadores demuestran que las familias rurales ahorran más que las urbanas de un mismo nivel absoluto de ingreso, y concluyen que la gente del campo tiende a comportarse de manera empresarial en un grado mayor que la gente de la ciudad. El doctor Klein, en comentarios incluidos en aquel mismo volumen, concluye a su vez que Brady y Friedman presentan "hipótesis y evidencias de que la proporción del ahorro está en función de la posición del ingreso dentro del panorama distributivo de un grupo", un indicio de lo que nos esperaríamos dos años después con la publicación del libro *Relative Income Theory*, de Duesenberry. Sin embargo, ya en 1945 había sido planteada la hipótesis del ingreso permanente en el estudio de Milton Friedman y Simon Kuznets sobre los hábitos ahorrativos de los médicos y dentistas de los Estados Unidos, obra muy interesante dada su penetración sociológica.²⁷ En suma, por aquella época se suscitó una buena cantidad de discusiones y de sistemáticas investigaciones empíricas relacionadas con el comportamiento del consumidor, lo cual no deja de indicar un llamativo contraste con el escaso interés que motiva en nuestros días la sociedad de consumo.

²⁷M. Friedman y Simon Kuznets, *Income from Independent Professional Practice*, National Bureau of Economic Research, Nueva York, 1945.

Capítulo III

LOS USOS DE LOS BIENES

UNA REDEFINICIÓN DEL CONSUMO

Una definición antropológica del consumo nos ayudará a reiniciar el tema. Hablar sensatamente del consumo aquí, en la sociedad industrial, en términos que también puedan ser aplicados sin dificultad a distantes sociedades tribales, que apenas si saben del comercio y mucho menos del capitalismo, es todo un reto. Pero si no somos nosotros quienes asumimos esa responsabilidad, nadie más hará el intento de elaborar una auténtica antropología del consumo. Necesitamos extraer de algún modo la esencia del término, ignorando siempre los potencialmente engañosos efectos locales. El primer lindero puede provenir de una idea esencial en la teoría económica: el consumo no es producto de ninguna imposición; la decisión del consumidor es libre. El consumidor puede ser irracional, supersticioso, tradicionalista o experimentador: la esencia del concepto de los economistas sobre el consumidor individual es que éste ejerce una elección soberana. Otro lindero puede ser sustraído de la idea central de la contabilidad federal: el consumo empieza donde termina el mercado. Lo que sucede con los objetos materiales una vez que han abandonado el almacén y van a dar a las manos de los compradores finales forma parte del proceso de consumo. Estos dos linderos suscitan varios problemas y casos límite en la economía y no constituyen una definición completamente satisfactoria. Ambos dan

por sentado que el consumo es un asunto privado. El consumo realizado por el gobierno para mantenerse en funcionamiento no forma propiamente parte del consumo. La calefacción central o las tazas de té y bebidas en las oficinas burocráticas están incluidas en los costos administrativos de la misma manera que las tazas de té o la calefacción central proporcionadas por las empresas son consideradas costos de producción, y no productos, cuando tales empresas presentan sus declaraciones de impuestos sobre el ingreso. Ahora bien, tampoco es correcto afirmar que el consumo no es objeto de ninguna forma de coerción. Cuando por ley se decreta que cierta ciudad debe ser una zona libre de humos, los padres de familia no están en libertad, si así lo desean, de encender una fogata, así como tampoco los compradores de autos pueden sentirse con la suficiente libertad como para ignorar los reglamentos gubernamentales sobre seguridad, ruido y todo lo demás. Con todo, ambos linderos aprehenden la esencia de la idea en términos generales, mientras que su configuración detallada pasaría a ser materia de una convención. Si definimos el consumo como el uso de los bienes materiales que está más allá del comercio y goza de una absoluta libertad frente a la ley, tendremos un concepto que funciona perfectamente bien, puesto que da cabida a usos paralelos en todas aquellas tribus que no tiene comercio.

Consideradas desde este punto de vista, las decisiones relativas al consumo se convierten en la fuente vital de la cultura del momento. La gente que ha sido educada en el marco de determinada cultura, presencia la transformación de esa cultura en el curso de su propia vida: nuevas palabras, nuevas ideas, nuevas maneras. La cultura evoluciona y la gente desempeña un importante papel en el cambio. El consumo es, por antonomasia, la arena en donde la cultura es motivo de disputas y remodelaciones. La madre de familia llega a casa con la bolsa de bienes recién adquiridos: algunos son para su hogar; otros para el padre; otros más para los hijos, y aun otros más para la especial delectación de las visitas. A quién invitará a su casa, a qué partes de ella dará libre acceso a los extraños, con qué frecuencia, qué música les ofrecerá, qué alimentos, qué bebidas, qué conversación; todas estas decisiones expresan y generan lo que conocemos como cultura en el más general de sus sentidos. De la misma manera, los criterios del jefe de familia acerca de qué monto de su salario le asignará a su esposa, cuánto guardará para gastar con sus amigos, etcétera, desembocan en la canalización de recursos. Estos criterios le dan vida a una actividad u otra. Además, no serán objeto de ninguna restricción si la cultura está viva y en desa-

rollo permanente. En fin, no son otra cosa que juicios morales que trazan el perfil de lo que un hombre es, de lo que una mujer es, de cómo debería tratar el individuo a sus ancianos padres, de qué debería estar dispuesto a dar a sus hijos al inicio de su vida, de cómo debería envejecer él mismo, con elegancia o sin ella, y así sucesivamente. ¿A cuántos de sus tíos y tías y sobrinos que han quedado en la orfandad cree él que tendrá que mantener? ¿Las obligaciones familiares le impiden emigrar? ¿Debería contribuir a la unidad familiar? ¿Un seguro contra enfermedad? ¿Un seguro para su propio funeral? Todas estas son decisiones de consumo que bien pueden entrañar enormes gastos y que, una vez tomadas, pueden determinar la evolución de una cultura.

En la mayoría de las culturas del mundo de las que tenemos información hay ciertas cosas que no pueden ser vendidas o compradas. Un caso obvio entre nosotros es el ascenso político (que no debería ser objeto de compra); por lo que hace a la venta, el hombre capaz de vender su honor, o incluso de vender a su abuela, es condenado por las reglas del sentido común. En todas partes hay cuando menos una noción de algún área donde la elección individual es ilimitada. Si cualquier tirano local pudiera penetrar en el hogar de alguien, despedir a los amigos del dueño de la casa, forzarlo a añadir los nombres de personas desagradables en su lista de invitados y decirle a quién ver, con quién puede hablar y a quién debe ignorar, la libertad y la dignidad personales se habrían perdido irremediablemente. Si el tirano hiciera todo ello pasando por encima de las leyes y bajo amenaza de armas o de hacerle perder a su víctima sus medios de subsistencia, probablemente sería juzgado incluso más inmoral que el hombre rico que pretendiera comprar el apoyo de alguien. Lo cierto es que hemos acertado al definir el consumo como un área del comportamiento protegida por reglas que están en posibilidad de comprobar explícitamente que ni el comercio ni la fuerza están siendo aplicados a una relación libre.

Indudablemente, esto podría explicar por qué en nuestra sociedad está tan cuidadosamente trazada la línea entre el dinero en efectivo y el regalo. Sería del todo correcto que alguien enviara flores a su tía que está en el hospital, pero no lo sería en absoluto enviarle el importe de lo que valen con una notita que dijera: "Cómprate unas flores"; es magnífico poder ofrecer un almuerzo o compartir determinadas bebidas, pero de ninguna manera lo es el obsequiar la cantidad de dinero equivalente al precio del almuerzo o de la bebida. Los anfitriones pueden llegar a límites extravagantes con el propósito de atraer y complacer a sus invitados, excepto ofrecerles

dinero para que asistan a una fiesta. Las sanciones sociales protegen los límites a los que se puede llegar. Cierta legendaria anfitriona neoyorquina de los años noventa del siglo pasado, aparentemente preocupada por la manera en que podía superar a su rival, quien habitualmente regalaba a cada uno de sus invitados una rica joya, tuvo motivos de sobra para preocuparse aún más por la irrisión que provocó cuando, llegado su turno, envolvió un llamativo billete de cien dólares en cada una de las servilletas de los convidados. El derecho de ofrecer dinero en efectivo se reserva a la intimidad familiar. E incluso en este caso existen ciertos detalles que se deben manejar con cautela. Pero, en general, vale decir que alrededor del campo del consumo disponemos de límites espontáneos y eficaces entre dos tipos de servicios: los profesionales, pagados con dinero y que pueden ser clasificados al lado del comercio, y los personales, recompensados en especie y de ninguna otra forma. En el campo de los servicios personales, libremente ofrecidos y recibidos, se pone en práctica un juicio moral sobre el valor de las personas y de las cosas. Ello da lugar al primer paso hacia una teoría del consumo en términos culturales.

UN UNIVERSO CONSTRUIDO CON MERCANCÍAS

En lugar de suponer que los bienes son fundamentalmente necesarios para la subsistencia y el despliegue competitivo, asumamos que son necesarios para hacer visibles y estables las categorías de una cultura. Es una práctica etnográfica común admitir que todas las posesiones materiales tienen significados sociales, así como concentrar la parte más importante del análisis cultural en su uso como comunicadores.

En todo estudio tribal nunca falta una descripción de los elementos materiales de la cultura. Igual que nosotros, los miembros de una tribu han establecido sus provisiones, hogares, jardines y graneros y, de la misma manera que nosotros, poseen objetos duraderos y no duraderos. Se acostumbra que el antropólogo dedique algún espacio de su investigación a presentar las pruebas mediante las cuales será posible decidir, desde la ventajosa perspectiva de nuestra tecnología, si, por ejemplo, la cría del ganado es eficiente, el conocimiento de tierras y estaciones por parte del agricultor es adecuado, las precauciones higiénicas y la cantidad de alimento ingerido son las convenientes, etcétera. Los bienes materiales proporcionan alimento y abrigo, y ello debe ser bien comprendido. Sin embargo, to-

do parece indicar que, al mismo tiempo, las mercancías tienen otro importante uso: sirven para establecer y mantener relaciones sociales. He aquí, entonces, un más que probado y fructífero enfoque dirigido hacia el lado material de la existencia, que ofrece una idea de los significados sociales muchísimo más rica que la referida a la simple competitividad individual.

Un caso bien conocido es el relato de Evans-Pritchard sobre el lugar que ocupa el ganado en la vida de los nuer:

La red de lazos de parentesco que vincula a los miembros de las comunidades locales tiene su origen en la operación de reglas exogámicas, a menudo formuladas en términos de ganado. El punto de partida de la unión matrimonial es el pago de ganado, y cada fase del ritual está marcada por su transferencia o sacrificio. El estado legal de los cónyuges se define mediante derechos y obligaciones sobre el ganado.

El ganado vacuno es propiedad de las familias. En el caso de que el jefe de la familia viva aún, posee los más completos derechos para disponer sobre el hato, aunque sus esposas tienen derechos de uso sobre las vacas y sus hijos son dueños de algunos de los bueyes. Cuando cada hijo, en orden de precedencia, alcanza la edad del matrimonio, al casarse puede disponer de las vacas del hato familiar. El siguiente hijo tendrá que esperar hasta que el hato haya recobrado su antiguo vigor antes de que, a su vez, pueda casarse... El vínculo del ganado entre los hermanos continúa aún mucho después de que cada uno de ellos tiene su propia casa y sus hijos, porque cuando una de las hijas de cualquiera de ellos se casa, los otros reciben una considerable parte de su dote. Sus abuelos, tíos maternos, tías paternas y maternas, e incluso parientes más lejanos, también reciben una parte. El parentesco es habitualmente definido en referencia a estos pagos y se destaca más claramente llegado el momento del matrimonio, cuando los movimientos de ganado de redil a redil son equivalentes a las líneas de un cuadro genealógico. El parentesco se enfatiza también mediante la distribución de carne sacrificial entre los parientes agnados y cognados... el nuer... tiende a definir a todos los procesos y las relaciones sociales en términos de ganado. Su lenguaje social es un lenguaje bovino.¹

Esta aproximación a los bienes, donde se subraya su doble papel como proporcionadores de subsistencias y establecedores de las líneas de las relaciones sociales, es reconocida —y constituye prácticamente un axioma entre los antropólogos— como la forma apropiada de entender por qué la gente necesita bienes. Sin embargo, se presentan algunos problemas a la hora de transferir este discernimiento a nuestra propia etnografía sobre nosotros mismos.

¹E. E. Evans-Pritchard, *The Nuer: The Political Institutions of a Nilotic People*, Clarendon Press, Oxford, 1940, pp. 17-19.

Cada una de las ramas de las ciencias sociales se ha estrechado tanto que ha trazado una línea distintiva entre el nivel de comportamiento humano que sus técnicas están en condiciones de analizar y todos los demás niveles. Durkheim, por ejemplo, requirió de la identificación de los "hechos sociales" mediante sus reglas metodológicas.² Cada separación de una parte o estrato del proceso social es un mandato desinteresado, una forma de austeridad, practicada en beneficio del aprendizaje y de ninguna manera con la intención de plantear preguntas que carecen de respuestas. Por supuesto que siempre se pierde algo de riqueza, pero esa pérdida se justifica gracias a lo que se gana en claridad. Mucho tiempo antes de Durkheim, los economistas habían aislado una esfera de "hechos económicos", ignorando los fines de la actividad humana y concentrándose únicamente en los problemas de la elección. La historia misma de la antropología no ha consistido en otra cosa que en separar permanentemente campos teóricos de las conjeturas introducidas por el sentido común. En cada caso, a la decisión de ignorar los niveles fisiológicos de la existencia en los cuales se sustenta el comportamiento en cuestión, le ha seguido un notable esclarecimiento. En la interpretación de raras terminologías de parentesco se creyó primero que la clave en los usos de los términos "padre" y "madre" se encontraba en algunas disposiciones referidas al matrimonio y a la procreación abandonadas hace mucho tiempo. No se consiguió progreso hasta que los términos de parentesco fueron liberados de sus obvios significados biológicos y entendidos como elementos constitutivos de un sistema de organización de las relaciones sociales, un sistema basado en las metáforas del engendramiento y la crianza. A su vez, Lévi-Strauss manifestó una opinión similar cuando ridiculizó la idea de que el origen del totemismo era cierta norma gastronómica que reservaba los alimentos más deliciosos a personas privilegiadas. Los animales que son declarados tabú se eligen, dijo, porque son buenos para pensar, no porque sean buenos para comer. De esta manera, le fue posible revelar una relación sistemática entre las especies natural y humana como la base típica del pensamiento primitivo.³ Así también, de acuerdo con otro ejemplo, en el siglo XIX el materialismo médico obstaculizó la interpretación de

²Emile Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, La Pléyade, Buenos Aires, traducción de Aníbal Leal, 1977.

³Claude Lévi-Strauss, *El totemismo en la actualidad*, Fondo de Cultura Económica, México, traducción de Francisco González Aramburo, 1986 (cuarta reimpresión); *El pensamiento salvaje*, Fondo de Cultura Económica, México, traducción de Francisco González Aramburo, 1984 (quinta reimpresión).

ideas sobre las posibilidades de contagio de la magia. Algunos eruditos fueron obligados a abandonar sus trabajos de investigación como consecuencia de la aparición de signos ocasionales de beneficio médico resultantes de la práctica de los ritos de purificación. Sin embargo, puede argüirse que es posible comprender mejor esos ritos si se les conceptúa como elementos que hacen visibles las fronteras entre categorías cognoscitivas y no como elementos patógenos en sentido médico estricto.⁴ Ahora estamos poniendo en práctica el mismo ejercicio aplicado a los bienes de consumo, clasificándolos por el momento sin tener en cuenta sus usos prácticos. Si se ha dicho que la función esencial del lenguaje es su capacidad para la poesía, asumiremos que la función esencial del consumo es su capacidad para dar sentido. Olvidémonos de la idea de la irracionalidad del consumidor. Olvidémonos de que las mercancías sirven para comer, vestirse y protegerse. Olvidemos su utilidad e intentemos en cambio adoptar la idea de que las mercancías sirven para pensar; aprendamos a tratarlas como un medio no verbal de la facultad creativa del género humano.

EL INDIVIDUALISMO TEÓRICO

Ha llegado el momento de enfrentar esta nueva propuesta. Han pasado ya los mejores días de las teorías individualistas del conocimiento y la conducta. Sin embargo, aquí y allá los puestos de avanzada permanecen ocupados aún. Quizá Peter Blau sea uno de los más vigorosos exponentes de la tradición del siglo XVIII (de la que la economía en su conjunto es genuina heredera). La visión benthamita de la psicología humana empieza y termina con el agente individual. Las demás personas aparecen sólo en la medida en que son capaces de ayudar o estorbar el proyecto de vida del individuo. Este puede usarlas a ser usado por ellas, pero siempre quedan ocultas bajo una sombra ideada por la egocéntrica conciencia individual. La teoría de Blau sobre la estructura social pretende erigir la sociedad a partir de las más sencillas relaciones interindividuales. Reconoce que la mayor parte de los placeres tienen sus raíces en la vida social: "Hay algo patético en aquella persona que deriva sus mayores satisfacciones de los alimentos o las bebidas, puesto que ello revela una excesiva necesidad o una excesiva gula, el pobre... el glotón."⁵ De cual-

⁴Mary Douglas, *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Siglo XXI, México, traducción de E. Simons, 1973.

⁵Peter Blau, *Exchange and Power in Social Life*, John Wiley, Nueva York, 1964.

quier forma, no existen procesos sencillos en las relaciones entre los individuos. Tal cosa sólo podría ser postulada de manera arbitraria, pero he aquí que el interés de Blau sobre el poder es en sí mismo una restricción arbitraria y sesgada: "La satisfacción que un hombre deriva de ejercer el poder sobre otros requiere que éstos soporten la privación de hallarse sujetos a su poder... Los individuos se asocian con otros porque todos se benefician de esta asociación. Pero no todos se benefician necesariamente de manera igualitaria ni tienen por qué compartir el costo de proveer beneficios igualitarios." Y sigue siendo así por lo que hace a la demás parte de una teoría individualista del intercambio social. Blau se ubica en una posición de red débil/grupo débil, donde la visión de un mundo organizado como juego competitivo entre individuos en busca del poder posee *a priori* toda la virtud. Su trabajo es una tarea de rescate, una obra que pretende salvar un planteamiento cuyas reverberaciones atraerán automáticamente a otros pensadores que comparten el mismo punto de vista. Sin embargo, el antropólogo puede reconocer en este planteamiento un ejemplo elocuente de una tendencia cultural enraizada en cierto tipo de experiencia social. Otras formas sociales engendran, a su vez, otras tendencias culturales. Tenemos la elemental obligación de encontrar los procedimientos interpretativos que develarán cada tendencia y nos harán dudar de sus reclamos de universalidad. Cuando esta etapa sea alcanzada, podremos dar por terminado formalmente el siglo XVIII y reconocer oficialmente el surgimiento de una nueva era que, en realidad, se ha inaugurado desde hace mucho tiempo.

Despojada de su humanidad, el hombre individual no es útil como base conceptual a partir de la cual sea posible construir una imagen de la sociedad humana. El individuo existe sólo en la medida en que está inmerso en la cultura de su tiempo y lugar. Lamentablemente, la idea del individuo artificialmente sustraído de su contexto ha estado engañando al pensamiento político occidental.⁶ Sin embargo, ahora podemos volver a empezar en un punto en el que convergen las más importantes corrientes de pensamiento, un punto localizado en el otro extremo: la formación de la cultura. El análisis cultural ve el tapiz entero como un solo conjunto, integrado por el dibujo y el proceso del tejido, antes que demorarse en los hilos individuales.

Cuando menos tres posiciones intelectuales en pleno desarrollo

⁶Louis Dumont, "The Modern Concept of the Individual: Notes on Its Genesis and That of Concomitant Institutions", *Contributions to Indian Sociology*, 8, 1965, pp. 13-61.

actual animan este enfoque. Una de ellas, el movimiento-filosófico de la fenomenología, empezó por tomarse muy en serio el asunto de nuestro conocimiento de las otras personas. Este movimiento coloca al individuo en el marco de un contexto social y ve en el conocimiento una empresa de construcción colectiva. El conocimiento no es nunca cuestión de un individuo solitario que aprende cosas sobre una realidad externa. Los individuos que interactúan los unos con los otros terminan por imponer sus construcciones a la realidad: el mundo se construye socialmente.⁷

El estructuralismo es otro movimiento convergente cuya implícita teoría del conocimiento rebasa los esfuerzos del pensador individual y dirige su atención a los procesos sociales del conocimiento. En sus muy diversas formas, el análisis estructural moderno, fruto de la computación electrónica, abre enormes posibilidades para interpretar la cultura y para relacionar las formas culturales con las sociales, posibilidades todas ellas que dejan de lado aquellos planteamientos que se obstinan en ubicar siempre al individuo en primer término.⁸

Finalmente, y más cerca de nuestra presente tarea, nos hallamos con el movimiento sociológico californiano que ha sido denominado etnometodológico. Este movimiento da por sentado que la realidad se construye socialmente, y también que la realidad puede ser analizada al igual que las estructuras lógicas al uso. Se concentra en los procedimientos interpretativos: los métodos de verificación utilizados por los oyentes, los métodos que ponen a prueba la credibilidad usados por los hablantes, todo el sistema informativo que funciona en la vida cotidiana.⁹ Su propuesta para el examen y la confirmación de la información parte de la idea de que el significado está empotrado en la realidad, de que nunca es fácilmente distinguible en la superficie de una comunicación. El discurso es sólo un canal y por sí mismo no otorga sentido, a menos de que relacione la información registrada por el oyente con el porte físico y el entorno que rodea al hablante: espacio, tiempo, orientación, atuendo, alimento y todo lo demás. Es evidente que este criterio tiene que incluir a las mercancías. Aunque por lo pronto esta corriente se limita a los procedimientos de interpretación, para su ulterior desa-

⁷P. Berger y T. Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires, traducción de Silvia Zuleta, 1968.

⁸Claude Lévi-Strauss, *Antropología estructural*, Eudeba, Buenos Aires, traducción de Eliseo Verón, 1977 (séptima ed.).

⁹A. Cicourel, *Cognitive Sociology*, Penguin Books, Harmondsworth, Inglaterra, 1973.

rrollo necesitará ciertamente volver la vista hacia el análisis cultural, porque la cultura es un modelo posible de significados heredado del pasado inmediato, una bóveda para las necesidades interpretativas del presente.

ESTABLECER LOS SIGNIFICADOS PÚBLICOS

Y a todo esto, ¿qué es el significado? Fluye y es arrastrado por la corriente; es difícil asirlo. Un significado al que se le añade una serie de indicios se transforma a sí mismo. Ante el mismo acontecimiento, una persona obtendrá un modelo y otra uno completamente diferente; un año después, ambos adoptarán otra vez un aspecto nuevo. El principal problema de la vida social consiste en inmovilizar los significados, puesto que permanecen quietos sólo durante un brevísimo momento. La mínima base consensual de la sociedad desaparece si no dispone de algunas formas convencionales para seleccionar y fijar significados que sean producto de un elemental acuerdo. Como en el caso de la sociedad tribal, así también para nosotros: los rituales sirven para contener el curso de los significados. Los rituales son convenciones que sacan a la luz las definiciones públicas. Antes de la iniciación, había un muchacho; después de ella, hay un hombre. Antes del rito matrimonial, había dos personas libres; después de él, hay dos personas reunidas en una. Antes de la admisión a un hospital, sólo existe el certificado médico sobre una salud deteriorada. Antes de la declaración formal de muerte, el fallecido es considerado vivo. Antes de que el cadáver sea encontrado, no puede lanzarse un cargo de homicidio. Sin un testimonio formal, difamar no es difamar. Sin una firma testificada, la última voluntad del difunto carece de validez. Vivir sin rituales es tanto como vivir sin significados precisos y quizá también sin recuerdos. Algunos rituales son puramente verbales, vocalizados, sin posibilidad de registro, pero desaparecen en el aire y difícilmente pueden ayudarnos a delimitar el campo interpretativo. Los rituales más eficaces utilizan objetos materiales, y cuanto más costosos sean los instrumentos rituales, más persistente tendrá que ser nuestra intención de fijar los significados. En esta perspectiva, los bienes son accesorios rituales; el consumo es un proceso ritual cuya función primaria consiste en darle sentido al rudimentario flujo de los acontecimientos.

A partir de aquí, basta un simple paso para arribar a la identificación del objetivo general que los seres racionales, como se supone

por definición, pueden proponerse a sí mismos. Su propia racionalidad deberá forzarlos a darle sentido al medio ambiente en que se desenvuelven. El objetivo más general del consumidor sólo puede ser construir un universo inteligible con las mercancías que elija. ¿Cómo procede esta construcción cognoscitiva? Para empezar, un universo social necesita de una dimensión temporal perfectamente demarcada. El calendario tiene que registrar periodicidades anuales, trimestrales, mensuales, semanales, diarias, y aun periodicidades más cortas. El paso del tiempo puede entonces cargarse de significado. El calendario ofrece un principio de alternancia en las obligaciones, de establecimiento de precedencias, de revisión y renovación. Un año más que termina, un nuevo comienzo; 25 años, un jubileo de plata; 100, 200 años, una celebración centenaria o bicentenaria; hay un tiempo para vivir y un tiempo para morir, un tiempo para amar. Los bienes de consumo sirven para registrar estos intervalos: el repertorio de su cualidad surge de la necesidad de diferenciar a través del año calendárico y del ciclo vital.

Este argumento no niega que exista algo que pueda ser calificado de disfrute privado. Por el contrario, la idea tiene que desarrollarse para afirmar una franca necesidad analítica de descubrir la manera en que está estructurado ese disfrute y cuánto le debe éste a la uniformación social. Aquellos que gustan de una vida sencilla, donde sólo están incluidos los artículos suficientes para una modesta subsistencia, deberían hacer el esfuerzo de imaginar una comida uniformada, digamos el desayuno, servida en los tres alimentos diarios a lo largo de una jornada laboral, de todas las jornadas semanales, de todas las jornadas anuales, incluyendo la Navidad y los días festivos. Los alimentos son un medio para la discriminación de valores, y cuanto más abundantes sean los rangos de discriminación, serán necesarias más variedades de alimentos. Lo mismo puede decirse del espacio. Utilizado en beneficio del proceso cultural, sus divisiones rebosan toda clase de significados: vivienda, tamaño, el lado de la calle, distancia respecto de otros centros de vida, límites especiales, todo alude a categorías conceptuales. Y lo mismo se aplicaría también al atuendo, el transporte, la salud; todos estos aspectos de la vida aportan señales en el marco de una estructura espacial y temporal. La elección de mercancías crea incesantemente ciertos modelos de discriminación, desplaza unos y refuerza otros. Los bienes son entonces la parte visible de una cultura. Están ordenados en panoramas y jerarquías que ponen en juego toda la escala de discriminaciones de la que es capaz la inteligencia humana. Los panoramas no son estables ni responden a una disposición casual, como

si se tratara de un caleidoscopio. En última instancia, sus estructuras están ancladas en los propósitos sociales del ser humano.

Al escuchar esto, el economista suele preguntar: ¿y qué sucede con el consumidor solitario? Del hombre que come solo difícilmente podría decirse que sostenga un universo de significados; pero, ¿y el hombre que lee o escucha música a solas, que sale a pasear solo por las calles, que consume libros y grasa para sus zapatos? La respuesta a esta interrogante se divide en tres partes. Reconozcamos que hay una clase de alimentación solitaria, en la que el individuo devora o engulle su comida de pie frente al refrigerador y cubierto sólo por un abrigo; ello formaría parte de una higiene privada, de la misma manera en que el mismo sujeto se sirve de un jabón o de su cepillo de dientes. La higiene privada es probablemente un asunto menor en lo que toca a la suma total de los bienes de consumo. Pero, aun así, si una persona normalmente elige su jabón y se corta las uñas por razones enteramente no sociales, tendríamos que concluir que la industria publicitaria es un absoluto fracaso. El paseo solitario puede ser considerado también como una forma de la higiene privada, puesto que el caminante nunca comparte su experiencia ya sea hablando o escribiendo sobre ella. Pero la música es otro asunto. Presumiblemente, el amante de la música sabe mucho de este tema y no deja de observar la fina discriminación ni los cambios en la práctica que constituyen la historia misma de la música; puede incluso formarse sus propios juicios (así sea de manera privada) sobre si una versión es mejor que otra. De modo inevitable está inmerso en un proceso intensamente social y cultural. Lo mismo sucede también con el comedor solitario que irreflexivamente adopta las reglas de secuencia y las categorías de la sociedad global; es el caso del hombre que, aun estando solo, no deja de utilizar un cuchillo especial para la mantequilla, con todo y que no esté decorosamente vestido para la cena. Es de pensarse que tal persona nunca invertiría la secuencia convencional, esto es, empezar comiendo el postre para terminar el banquete con la sopa, ni aderezaría el cordero con mostaza o la carne de res con menta. Su observancia de las reglas seguidas por otros consumidores es una forma de mantenerse entrenado, o tal vez un rito de recordación. Si los jugos gástricos fluyen mejor cuando la comida está bien preparada y bien servida y cuando se disfruta en buena compañía, puede ser que el consumidor solitario facilite su propia digestión adoptando los criterios sociales. Con todo, lo que resulta irreflexivo es que de esa manera ciertamente está ayudando al sostenimiento de tales criterios. En general, el caso del consumidor solitario es un débil contrargu-

mento frente a la idea de que la actividad de consumo es la producción colectiva, con sus respectivos consumidores, de un universo de valores. El consumo utiliza a las mercancías para hacer firme y visible una serie particular de juicios en los cambiantes procesos de clasificación de las personas y los acontecimientos. Ya lo hemos definido como una actividad ritual.

Sin embargo, para tener éxito en la transformación de las categorías públicas, en la reducción de su desorden y en el empeño por construir un universo más inteligible, el individuo necesita de compañeros dóciles y flexibles. Su proyecto de crear inteligibilidad depende poderosamente de ellos. Por tanto, debe garantizar la asistencia de los compañeros a sus rituales, así como el hecho de que éstos le inviten a los de ellos. Mediante la presencia libremente otorgada de sus iguales, el individuo obtiene un juicio referido a la idoneidad de su elección en favor de determinadas mercancías para la celebración de sucesos particulares, un juicio acerca de su propia condición relativa de juez y un juicio más sobre la oportunidad de la ocasión celebrada. En el marco del tiempo y el espacio de los que dispone, el individuo utiliza el consumo para decir algo sobre sí mismo, su familia, su localidad, ya sea rural o urbana, la residencia fija o vacacional. El tipo de declaraciones que emite se relaciona con la clase de universo en la que está inserto; afirmativo o desafiante, competitivo tal vez, aunque no necesariamente mediante las actividades de consumo, puede proceder a buscar el acuerdo de consumidores asociados para redefinir la importancia de algunos acontecimientos tradicionales tenidos por menores y para permitir que otros caigan definitivamente en desuso. En Inglaterra, por ejemplo, el Día de Guy Fawkes* ha tomado el lugar que se acostumbraba conceder a la celebración del Halloween; la Navidad eclipsa al Año Nuevo, aunque no así en Escocia, y el Día de las Madres vacila aún en los bordes de la aceptación pública. Lo mismo sucede con la decoración del hogar e incluso con la preparación de los alimentos. El consumo es un proceso activo en el cual todas las categorías sociales son continuamente redefinidas.

Para los antropólogos, la palabra *potlatch* compendia esta característica de hacer una fiesta, invitar a los amigos y competir en los honores de la hospitalidad. La etnografía de la costa noroeste de los Estados Unidos registra múltiples variantes del potlatch. Un indio skagit describió esta fiesta ritual como el acto de "estrecharnos

*Celebrado cada 5 de noviembre en conmemoración del intento realizado en 1605 por Guy Fawkes de asesinar al rey y a los parlamentarios, en venganza por la represión ejercida en contra de los católicos ingleses. (N. del T.)

las manos a través de cosas materiales". Para estos indios de Puget Sound,

...las actividades del ciclo alimenticio y de la temporada social de un año están relacionadas con una teoría socio-religiosa. Los éxitos y fracasos acumulados durante años se expresan a través de los ritos de invierno. Aunque un pueblo tradicionalmente próspero haya tenido un verano tan pobre que su caudillo no pueda ofrecer más que escasos derroches el invierno siguiente, su éxito de anteriores inviernos se conmemora de cualquier modo en el potlatch, con la actitud de que su mala suerte es sólo temporal y de que en otra época cercana se recuperará de sus deudas. Sólo una desventura reiterada durante varios años consecutivos afectaría la situación del jefe hasta el grado de alterar su comportamiento en el potlatch. En ese caso, tendría que posponer la fiesta y evitar esperanzadamente la pérdida de su estatus mediante el anuncio público de sus obligaciones en el curso de alguna celebración. Aunque sus maneras no transmitieran vergüenza o humillación, sus palabras lo harían por él, ya que a través de ellas tiene que manifestar una actitud apologetica y casi degradantemente culpable respecto de su mala suerte. Utilizando un lenguaje ampuloso, el jefe —o, más comúnmente, un vocero contratado específicamente para ello— exalta la generosidad de sus invitados y la compara con sus propios, débiles pero bien intencionados, esfuerzos por corresponder en la misma forma. Como se considera que la causa de la mala suerte es invariablemente una mala conducta y que los hombres buenos son siempre honestos, es imprescindible que el jefe se confiese públicamente y que prometa reformarse. Con todo, las confesiones y resoluciones comunicadas por el líder durante un potlatch son usualmente revestidas con simples generalidades. Le basta con aludir a una infracción que considere que debe ser del conocimiento de su audiencia. No se siente en la necesidad de especificar quién hizo tal cosa ni de detallar qué es lo que él, en su calidad de jefe, va a hacer en relación con ello. Además, sus humildes palabras se ven interrumpidas por elaborados discursos con los cuales pretende recordarle a la asamblea el brillo de su propio pasado y el de sus antepasados. Esta actuación es la expresión última de la dignidad de las clases superiores frente a la adversidad. Una buena reputación, algunas palabras de condescendencia y una actitud puramente defensiva pueden mantener durante muchos años una carrera titubeante entre los skagit.

Mientras que los hombres de las clases superiores pierden gradualmente su estatus como resultado de una serie de reveses económicos, los jefes de pueblos recientemente constituidos, descendientes de plebeyos, pueden ser admitidos, así sea de mala gana, como importantes invitados especiales en algunos de los círculos del potlatch. Aun así, y sobre todo si se han hecho ricos súbitamente, no dejan de ser considerados como personas vulgares que carecen de derechos para gozar de tan buena suerte. Su riqueza es vista desde las alturas como producto del fraude, y sus

anfitriones de la vieja guardia los identifican desdeñosamente con su antiguo anonimato. Si estos "arribistas" pretenden organizar ellos mismos un potlatch, sus superiores, la élite que verdaderamente importa, no aceptan la invitación; un potlatch así resulta un fiasco. La etiqueta del potlatch hace casi imposible que los improbables reclamantes de una alta posición se cuelen a la sociedad aristocrática de los skagit. Los antiguos y poderosos pueblos nunca aceptarán a otro como su digno rival, a menos de que se trate de un nuevo pueblo que haya crecido establemente en el número de sus miembros y en su prosperidad a lo largo de una o dos generaciones, tiempo durante el cual sus líderes hayan mantenido asimismo un servilismo cuando menos aparente en las ceremonias públicas. Una de las formas mediante las cuales los skagit expresan un público respeto hacia otras familias y comunidades es el hecho de permitirles competir en igualdad de condiciones. De acuerdo con las racionalizaciones de los skagit acerca del comportamiento de las clases sociales, creer en la gente de linaje comprobado y bien establecido o menospreciar y desconfiar de los advenedizos son procedimientos que responden a muy firmes bases prácticas. Los *nouveaux riches* que pretenden ser tenidos en cuenta en el potlatch carecen de la suficiente preparación para manejar su riqueza y pueden incluso llegar a provocar situaciones incómodas, así sea sin intención deliberada. Pueden, por ejemplo, ofender el orgullo de sus augustos invitados, que sólo serían vengados gracias a su ventaja colectiva en lo social y lo económico. Por principio general, entonces, tales personas no son dignas de confianza. La gran mayoría de ellas son reputadas responsables de irreverencia filial, ya que el origen reciente de sus líderes parte de su deslealtad hacia algún antepasado —aún quizá de varias generaciones atrás— y de su ruptura con el pueblo de sus padres para construir un nuevo.¹⁰

Seguramente que en este pasaje podemos encontrar un paralelo con la manera en que procedemos nosotros mismos para fijar o desafiar los significados públicos.

¹⁰Sally Snyder, "Quest for Sacred in Northern Puget Sound: An Interpretation of Potlatch", *Ethnology*, 14 (2), pp. 154-156.